

# Los Hermanos Karamazov

"La cuestión principal que se tratará en todas las partes de este libro es la misma que me ha hecho sufrir consciente o inconscientemente durante toda mi vida: la existencia de Dios." Tales son, sencillas y rotundas, las palabras de Fedor Mikhailovich Dostoievsky acerca de "Los hermanos Karamazov".

Pocas novelas célebres hay quizá más desequilibradas —en fondo y forma— y con una estructura menos rígida que esta obra poderosa y patética. No es el argumento, la línea lógica de la trama argumental, lo que más importa en ella, sino el denso conjunto de narraciones, diálogos, descripciones en prosa casi poética, alegorías, disquisiciones marginales que componen el gran fresco literario de la novela. Es una lluvia torrencial de palabras que se desprende del alma gigantesca, convulsa, dionisiaca, de Dostoievsky.

Cualquier intento de llevar a la imagen esta tormentosa grandeza tiene que resultar difícil. Es una obra que no se deja capturar fácilmente en las manos de ningún guionista: todo en ella es rico, todo es importante, aun las reflexiones que se mezclan con lo novelesco propiamente dicho. Y en todo palpita la violencia, áspera y tierna, de su autor. ¿Cómo resumir en unas cuantas secuencias no sólo el argumento, sino el contenido fundamental de una obra tan vasta y personal?

Pyriev comienza por ser extremadamente fiel al argumento de la novela. Y reproduce, con una exactitud muchas ve-

ces literal, las escenas y los diálogos. Su fidelidad a la obra de Dostoievsky la extiende a los mínimos detalles; en ocasiones, como por ejemplo en ciertos diálogos (la discusión familiar, al principio, con el abate Zósimo) se nota el esfuerzo por recrear el texto con toda precisión.

★

La fidelidad de los cineastas a las obras literarias que quieren llevar a la pantalla puede resultar un arma de doble filo. Por una parte, al mantenerse apegados a la obra, dan garantías de que no traicionan el mensaje del autor. Pero, por otra, debilitan su capacidad creadora, sus posibilidades cinematográficas y su propia iniciativa en el intento de reproducir filmicamente —es decir, visualmente— una obra literaria concebida y creada en, por y para las "palabras". Una película, como ya lo insinuaba Marcel Martin, es un género expresivo totalmente distinto a la obra literaria: una escena narrada en palabras no es equivalente a una escena visualizada en imágenes.

Pyriev tuvo que enfrentarse, sin duda, con este problema estético de primera magnitud. Y su manera concreta de solucionarlo nos convence sólo a medias. Su fidelidad es rigurosa, sobria, vigorosa, pero no logra transmitir en el grado suficiente la problemática sustancial de la novela. Se trata más bien de una evocación bien hecha de la obra; por eso disfrutará más y mejor de la película quien conozca

de antemano la novela de Dostoievsky. Pyriev visualiza lo principal del argumento, sus líneas básicas, pero le falta vuelo, aliento.

No obstante, presentimos que la cinta que hemos visto ofrecía varios "cortes" importantes —por ejemplo, en la conversación de Aliocha e Iván en la taberna, en el célebre diálogo del "Gran Inquisidor"— que despojan a la obra de su trasfondo filosófico.

Dmitri, Iván y Aliocha se enfrentan, cada uno a su manera, a la tendencia al mal que heredan de su padre, Fedor. Estos personajes, profundamente dostoiévskianos, se mueven en un mundo pasional que la película ambienta adecuadamente. Los innumerables matices psicológicos del universo descrito por el autor de "Los hermanos Karamazov" son expresados eficazmente, sobre todo en el caso de Dmitri. La actuación convincente de Mikhail Ulianov, Kiril Lavrov y Andrey Myakhov, a pesar de cierto teatralismo, inevitable al querer reproducir textualmente los diálogos, resulta una de las notas positivas del filme. Sólo hay que poner reparo en Aliocha. Este Aliocha de la película de Pyriev nos parece que dista enormemente del personaje de Dostoievsky, mucho más rico, más noble, más varonil.

En definitiva, se trata de una cinta que se ve con agrado e interés, pero que no logra comunicarnos el vértigo de la novela, nacida del espíritu bárbaro y fraterno del gran ruso.

# Cromwell

Parece que la reconstrucción histórica se ha convertido en uno de los temas favoritos del cine comercial británico. "Bec-kett", de Peter Glenville, en 1963, abre la brecha por la que seguirían "El hombre de dos reinos", de Zinnemann, sobre los momentos críticos de la vida de Thomas Moro; "León de invierno", sobre la azarienta existencia de Enrique II y Leonor de Aquitania; y "Ana de los mil días", que lleva a la pantalla la trágica historia de Ana Bolena. Aunque no son de la misma calidad todas ostentan el mismo aire espectacular, el mismo lujo en la ambientación, la misma excelente actuación de los intérpretes. Y, por supuesto, todas responden a las exigencias de un cine comercial.

Esta superproducción de Ken Hughes (el mismo director de Chitty Chitty Bang Bang), "Cromwell", ofrece la particularidad de recrear uno de los momentos más apasionantes, más polémicos, más dignos de revisión, estudio y controversia de toda la historia inglesa: la revolución que hacia 1640 puso en jaque a la monarquía, estableció la república y consolidó definitivamente el sistema parlamentario. Momento crucial, propicio para interpretaciones apasionadas, que protagonizaron—más que personificaron—Carlos I de Inglaterra y Oliverio Cromwell. Es el gran conflicto monarquía-democracia, centralismo-participación, en el clima de divisiones políticas y religiosas del siglo XVII inglés.

Pero este "Cromwell" que nos ofrece ahora Ken Hughes nos parece una interpretación un tanto simplista del hecho histórico; es decir, demasiado comercial. Un Cromwell solemne, demócrata hasta los tuétanos, noble y justiciero, frente a un Carlos débil, petulante, obstinado en su radical desconocimiento de los derechos parlamentarios y de los anhelos progresistas de su pueblo; tal es el enfoque básico de la cinta en lo que se refiere a ambos personajes. Enfoque que parcializa sustancialmente un hecho histórico ambiguo.

Richard Harris y Sir Alec Guinness, en los papeles de Cromwell y Carlos I, protagonizan con vigor y maestría esta historia interesante, cuyos momentos claves tienen impacto.